

HECHOS Y GLOSAS

NUEVA REVISTA UNIVERSITARIA:

LA REVISTA "COMUNIDAD" DE MEXICO.

Hemos recibido con gran satisfacción, esta publicación de la Universidad Iberoamericana de México, que encuentra alto lugar entre sus congéneres.¹ Pero en dimensiones y propósitos muy propios, que vienen expresados en la "Carta del editor", que abre el volumen primero. "Comunidad", que con este número, se nos dice, sale a dialogar por el mundo, "cristaliza propósitos de la UIA, concretados por un grupo de sus profesores, pero incluye en su definición no sólo a todos sus funcionarios, profesores, ex-alumnos y alumnos, empleados y trabajadores manuales, sino a todos sus patronos, benefactores, amigos y adversarios, de dentro y fuera de la Universidad, de México, de América Latina, de Canadá, y EE. UU., de África, Asia, Europa y Oceanía".

"Los editores —prosigue— y la mayor parte de los escritores de "Comunidad" son cristianos, como lo es la mayoría de nuestro pueblo, nuestra tradición histórica —al menos hasta ahora— y una considerable minoría de la población mundial". Pero no quieren ser sectarios. Abre sus páginas al diálogo comunitario.

En estas dos entregas, encontramos: Perspectivas orientales (por el Rvmo. Archimandrita Dr. Pablo Ballester), El fenómeno religioso de "Los hijos de Sánchez" (por Manuel M. Marzal), Los sindicatos campesinos del Brasil, Comunidad y Humanismo Técnico (por Pedro F. Hernández O.), El Monasterio en Sicoanálisis (por Gregorio Lemercier), Responsabilidad cristiana y Ateísmo (por Jesús Vergara Aceves), Vida en otros planetas (por Alejandro León de la Barra), Descubrimientos recientes en Tikal, Guatemala (por Beatriz de la Fuente), más reseñas de libros y crónica de Nuestra Comunidad Universitaria, y otros variados artículos que siempre denotan la inquietud comprensiva y analizadora por el pensamiento vivo y las dimensiones humanas del mundo.

Sea bienvenida esta revista amplia e iluminadora, reflejo de un gran centro cultural cristiano en la gran capital azteca.

G. A. J.

1. COMUNIDAD. Cuadernos de difusión cultural. Universidad Iberoamericana. Cerro de las Torres, 395. México 21, D. F. 21 x 21 cm.

Volumen I (primavera-marzo 1966). 88 páginas.

Volumen II ((verano-junio 1966). 144 páginas.

EL NEGOCIAZO DE LAS PILGORITAS.

Las gentes buenas y cultas, al asomarse al estudio de los fenómenos humanos, suelen con limpia ingenuidad absorberse en los aspectos intelectuales, éticos, filosóficos, sin imaginarse muchas veces la solapada insidiosa con que inconfesables móviles —políticos o mercantilistas— trabajan más o menos bajo cuerda para nublar con una gigantesca propaganda los problemas, presentarlos habilidosamente al sabor de su conveniencia, y estimular por tal camino actitudes y presionar soluciones que redunden en el buscado acrecimiento de sus propios intereses.

Así ha ocurrido con la mundial escandalera sobre el control de la natalidad y la escalofriante "explosión demográfica", que ha logrado alamarar y despistar hasta a espíritus rectos.

Pero ¿qué es lo que mueve esa propaganda arrolladora, proliferada por todos los grandes rotativos del mundo y por todos los medios más activos de la publicidad internacional? ¿Quién tiene tan vital interés contra la vida humana —que es el bien primordial y la riqueza básica de un pueblo—, y tanto afán por que se universalicen los métodos anticonceptivos como si de ellos dependiese la salvación de la humanidad?

Desde luego, los que fabrican las famosas pildoritas. Si masivamente se consumen, el negocio va para arriba; si su consumo se enflaquece, el negocio va para abajo. Y como el negocio es colosal, también lo es su promoción, aunque cueste millones. Y por todas las vías hay que inculcar: "Tome pildoritas", como quien inculca: "Tome Coca-Cola".

Pero, naturalmente, tienen que "dorar la pildora". Y de aquí el llamamiento a la defensa de la salud de las madres, al bienestar de las familias, a los insuperables imperativos económicos y hasta al hambre apocalíptica que amaga vorazmente a la humanidad.

* * *

Ya en la ONU, hace tiempo, un sagaz delegado —me parece que del Brasil— denunció la importancia capital —y capitalista— de este oculto móvil. Y un reciente cable que veo en primera plana de EL HERALDO del 27 de julio, divulga cómo en la Bolsa de Nueva York han subido las acciones de las compañías que elaboran las mentadas píldoras, en vista de la versión —ciertamente adobada y tendenciosa— de que "el Papa Paulo VI quizás permitiría el uso limitado del anticonceptivo".

Quizás. Y con este quizás —aunque para un “uso limitado— alientan la demanda y suben las acciones.

Pero el propio Paulo Sexto habló no ha mucho, en persona y en el propio recinto de las Naciones Unidas, para encarecer —como lo había hecho su dulce antecesor el Papa Juan— que se busquen las condiciones positivas y no las negativas; la científica multiplicación y el más justo reparto de los bienes, no la supresión de vidas posibles. Porque “la vida humana es sagrada” y “nadie puede osar atentar contra ella”. Por eso, agregó categórico el Padre Santo, “vuestra tarea es hacer de modo que abunde el pan en la mesa de la humanidad y no auspiciar un control artificial de los nacimientos, que sería irrazonable, con miras a disminuir el número de convidados al banquete de la vida”.

* * *

¿Y en el orden íntimo? No hay que dejarse desoriar por la babel de opiniones y rumores insuflados por la dichosa propaganda. Para el católico, la norma es neta y firme. Défínela Pío XI, pontífice egregio por la santidad y la inteligencia, en su encíclica “Casti connubii”, que todo buen matrimonio debe estudiar a conciencia.

“...Estando destinado el acto conyugal por su misma naturaleza a la generación de los hijos, los que en el ejercicio de este acto lo desvirtúen adrede de su naturaleza y virtud, obran contra la naturaleza y cometan una acción torpe e intrínsecamente deshonesta”.

Pero ¿esto no ha cambiado?

No, según magistrales corroboraciones de Pío XII. No, según explícita declaración de Paulo VI, cuyo espíritu abierto y actualísimo nadie pone en duda. Dijo en efecto, en su alocución del 2 de junio de 9 a los cardenales, que no había “motivo suficiente para considerar superadas y por tanto no obligatorias las normas dadas por el Papa Pío XII”; que los católicos deben seguir “una ley única, la que la Iglesia con su autoridad propone”; y que nadie “se arrogue la facultad de pronunciarse en términos diferentes a los que da la norma vigente”.

Clarisimo está. Y la norma permite —no recomienda, ni deseja— el uso del ritmo, cuando haya motivos serios y justificados para ello; pero el ritmo incluye la abstención del acto conyugal en ciertos períodos. Sin esta abstención, todo lo que artificialmente frustre el designio fecundo de la naturaleza, va contra la naturaleza. Y merece reprobación.

* * *

Que los negociantes quieran “dorar la píldora”, es su negocio. Pero nosotros miremos a negocio más exelso: la defensa de la vida, supremo don de Dios que sólo El puede otorgar; la superación del craso materialismo que enfoca

los problemas humanos simplemente como problemas de animales, sin atender al elemento espiritual que integra al hombre y como tal lo define. Y si somos cristianos, sintamos el honor de la paternidad que nos asocia a la paternidad divina y que nos capacita para aportar al mundo —y al cielo— seres con dones y destinos inmortales.

Alfonso Junco.

* * *

LA LENGUA CORRIENTE EN LA LITURGIA

Cuando el Concilio Vaticano II, en una decisión pastoral tan extraordinaria como fecunda, decidió autorizar el uso de las lenguas vernáculas en la liturgia, pocos tal vez midieron las dificultades prácticas que tal empeño llevaba. El problema se ofreció en su verdadera dimensión durante el congreso tenido en Roma, del 9 al 13 de noviembre de 1965, para estudiar las traducciones litúrgicas.

Para decirlo brevemente, no se trata sólo de un aspecto cuantitativo, mirando al volumen de los textos traducidos y a las muchas lenguas de traducción, sino mucho más aún de una cuestión eminentemente cualitativa. Ya no se trata, como antaño, de ofrecer ayudas personales a los fieles— como en el caso de los misales usados hasta ahora para ellos, sino de los mismos textos litúrgicos, que son la Palabra de Dios presentada por la Iglesia. ¿Cómo conciliar, de una parte, la fidelidad objetiva a esa Palabra y la dignidad debida a ella, con una inteligibilidad necesaria para la participación activa y consciente, fácil y fructuosa del pueblo?

Paulo VI lo señalaba muy bien en su discurso para aquella ocasión:

“La traducción de estos textos a las lenguas nacionales es algo tan delicado, tan importante y tan difícil, que no parece realizable sino mediante una comparación de las ideas de todos los interesados” (L’Osservatore, 12-XI-1965).

Hay dificultades que se comprenden inmediatamente. El obispo Nagae Satoshi, del Japón, hablando de su país, apuntaba la gran diferencia entre el latín y el japonés (diversidad de alfabetos, modo de escribir vertical y de derecha a izquierda); la carencia de términos para expresar realidades cristianas tales como sacramento, misterio, justificación, encarnación, etc.; la no existencia de términos abstractos que hacen sumamente difícil, por no decir imposible, la traducción del Prefacio de la Trinidad; la resistencia de los católicos nipones a usar palabras que puedan tener sabor a ideas no cristianas...

En otras partes, por ejemplo en África, ha habido que hacer verdaderas acomodaciones y

Quizás. Y con este quizás —aunque para un “uso limitado— alientan la demanda y suben las acciones.

Pero el propio Paulo Sexto habló no ha mucho, en persona y en el propio recinto de las Naciones Unidas, para encarecer —como lo había hecho su dulce antecesor el Papa Juan— que se busquen las condiciones positivas y no las negativas; la científica multiplicación y el más justo reparto de los bienes, no la supresión de vidas posibles. Porque “la vida humana es sagrada” y “nadie puede osar atentar contra ella”. Por eso, agregó categórico el Padre Santo, “vuestra tarea es hacer de modo que abunde el pan en la mesa de la humanidad y no auspiciar un control artificial de los nacimientos, que sería irrazonable, con miras a disminuir el número de convidados al banquete de la vida”.

* * *

¿Y en el orden íntimo? No hay que dejarse desoriar por la babel de opiniones y rumores insuflados por la dichosa propaganda. Para el católico, la norma es neta y firme. Défínela Pío XI, pontífice egregio por la santidad y la inteligencia, en su encíclica “Casti connubii”, que todo buen matrimonio debe estudiar a conciencia.

“...Estando destinado el acto conyugal por su misma naturaleza a la generación de los hijos, los que en el ejercicio de este acto lo desvirtúen adrede de su naturaleza y virtud, obran contra la naturaleza y cometan una acción torpe e intrínsecamente deshonesta”.

Pero ¿esto no ha cambiado?

No, según magistrales corroboraciones de Pío XII. No, según explícita declaración de Paulo VI, cuyo espíritu abierto y actualísimo nadie pone en duda. Dijo en efecto, en su alocución del 2 de junio de 9 a los cardenales, que no había “motivo suficiente para considerar superadas y por tanto no obligatorias las normas dadas por el Papa Pío XII”; que los católicos deben seguir “una ley única, la que la Iglesia con su autoridad propone”; y que nadie “se arrogue la facultad de pronunciarse en términos diferentes a los que da la norma vigente”.

Clarisimo está. Y la norma permite —no recomienda, ni deseja— el uso del ritmo, cuando haya motivos serios y justificados para ello; pero el ritmo incluye la abstención del acto conyugal en ciertos períodos. Sin esta abstención, todo lo que artificialmente frustre el designio fecundo de la naturaleza, va contra la naturaleza. Y merece reprobación.

* * *

Que los negociantes quieran “dorar la píldora”, es su negocio. Pero nosotros miremos a negocio más exelso: la defensa de la vida, supremo don de Dios que sólo El puede otorgar; la superación del craso materialismo que enfoca

los problemas humanos simplemente como problemas de animales, sin atender al elemento espiritual que integra al hombre y como tal lo define. Y si somos cristianos, sintamos el honor de la paternidad que nos asocia a la paternidad divina y que nos capacita para aportar al mundo —y al cielo— seres con dones y destinos inmortales.

Alfonso Junco.

* * *

LA LENGUA CORRIENTE EN LA LITURGIA

Cuando el Concilio Vaticano II, en una decisión pastoral tan extraordinaria como fecunda, decidió autorizar el uso de las lenguas vernáculas en la liturgia, pocos tal vez midieron las dificultades prácticas que tal empeño llevaba. El problema se ofreció en su verdadera dimensión durante el congreso tenido en Roma, del 9 al 13 de noviembre de 1965, para estudiar las traducciones litúrgicas.

Para decirlo brevemente, no se trata sólo de un aspecto cuantitativo, mirando al volumen de los textos traducidos y a las muchas lenguas de traducción, sino mucho más aún de una cuestión eminentemente cualitativa. Ya no se trata, como antaño, de ofrecer ayudas personales a los fieles— como en el caso de los misales usados hasta ahora para ellos, sino de los mismos textos litúrgicos, que son la Palabra de Dios presentada por la Iglesia. ¿Cómo conciliar, de una parte, la fidelidad objetiva a esa Palabra y la dignidad debida a ella, con una inteligibilidad necesaria para la participación activa y consciente, fácil y fructuosa del pueblo?

Paulo VI lo señalaba muy bien en su discurso para aquella ocasión:

“La traducción de estos textos a las lenguas nacionales es algo tan delicado, tan importante y tan difícil, que no parece realizable sino mediante una comparación de las ideas de todos los interesados” (L’Osservatore, 12-XI-1965).

Hay dificultades que se comprenden inmediatamente. El obispo Nagae Satoshi, del Japón, hablando de su país, apuntaba la gran diferencia entre el latín y el japonés (diversidad de alfabetos, modo de escribir vertical y de derecha a izquierda); la carencia de términos para expresar realidades cristianas tales como sacramento, misterio, justificación, encarnación, etc.; la no existencia de términos abstractos que hacen sumamente difícil, por no decir imposible, la traducción del Prefacio de la Trinidad; la resistencia de los católicos nipones a usar palabras que puedan tener sabor a ideas no cristianas...

En otras partes, por ejemplo en África, ha habido que hacer verdaderas acomodaciones y

no simples traducciones. "Introibo ad altare Dei", para ciertas regiones, si ha convertido en "Me adelantaré para ofrecer el sacrificio"; "Ad-Deum qui laetificat iuventutem meam", en "El es quien da la alegría; en el Confiteor se hizo necesario añadir "y por omisión", ya que allí la mayoría de los pecados se hace precisamente por omisión. Y sólo citamos unos pocos ejemplos.

Viniendo a nuestras lenguas occidentales y más concretamente las de origen latino, la traducción tampoco resulta fácil si queremos atender tanto a la fidelidad como a la inteligibilidad pastoral. Al traducir los textos del misal romano, encontramos que su latinidad y mentalidad no son uniformes, sino que nacen en una extensión situada entre los siglos cuarto y vigésimo, con ambientes frecuentemente locales: pensemos en las palabras sacramentum, dona, munera, quaesumus, sacrificium, mysterium. En ocasiones, el sentido bíblico no es precisamente el litúrgico: "Tu cognovisti sessionem meam et resurrectionem meam" no puede buscar sólo lo que dice literalmente el salmo, sino la significación que recibe en la asamblea para el día de Pascua. La enumeración pudiera ser bastante larga.

Y no hablemos del problema suscitado por el canto.

Todo esto nos debe llevar no a la conclusión de que la tarea es imposible, sino a que es necesario un estudio cuidadoso, complejo y lento. Ha de surgir a la vida un nuevo mundo de expresión cultural. Y se va haciendo, aunque nuestras impaciencias pidan rapidez. Los traductores en los diversos países, bajo el control indispensable del Consejo para la aplicación de la reforma, están elaborando, y van entregando gradualmente, una obra de grandes méritos; aunque es bien posible que no siempre sea definitiva, porque está forzosamente sometida al crisol de la experiencia.

Más aún: parece permitido esperar que un Concilio Vaticano III haga emprender no ya la traducción de los textos latinos vigentes, sino la creación de un nuevo formulario, ajustado a la mentalidad moderna de cada uno de los pueblos; labor ciertamente audaz, pero que puede ir siendo preparada por estas traducciones difíciles que ahora se van realizando.

Gustavo Amigó Jansen, S. J.

* * *

EL CINE: UN MAESTRO PERSUASIVO.

Se ha dicho que el cine es un maestro. Quizás el maestro más persuasivo y atrayente de nuestros tiempos. En efecto, es maestro que atrae porque no afirma lo que enseña. Sólo

afirma que divierte. Se nos presenta como alguien cuya única pretensión es hacernos pasar un rato agradable. Todo el mundo quiere entregarse confiadamente en manos de alguien que solamente quiere divertirlo, pero que no tiene pretensiones de enseñar.

El espectador, sentado cómodamente en la butaca de cine sabe que ha comprado un boleto para distraerse. De antemano ha bajado todas sus defensas, y sabe que la diversión no le engañará. Las luces comienzan a apagarse, el salón queda a oscuras gradualmente. Todos los elementos distractivos que rodean al espectador han desaparecido y de pronto se enciende el cuadro central de la pantalla. El espectador experimenta que su atención es atraída suavemente por ese cuadro luminoso que le obliga a fijar su atención en él.

Al principio, el espectador se siente indiferente. Creo que en estos momentos es cuando realmente es espectador. Más tarde la trama se va complicando. El director de cine ha sabido crear simpatías o antipatías hacia los personajes. Llega el momento en que el espectador ya no lo es más. Se convierte en actor, pues está sintiendo intimamente todo el drama que se desarrolla en la pantalla. Viene entonces lo que llaman los sociólogos un "proceso de identificación" o "proyección" del espectador. Es decir, el espectador inconscientemente traslada sus pasiones, ambiciones, sentimientos, ideas, reacciones propias a los personajes que están en la pantalla y se identifica con ellos de diversas maneras.

Esta identificación que es una especie de simpatía provocada hábilmente lleva necesariamente a que el espectador apruebe o desapruebe lo que el personaje aprueba o desaprueba. Siente intensamente por lo que el personaje siente interés. Esto deja o tiende a dejar una huella profunda en la sicología del espectador aún después de que éste ha salido del cine.

El mecanismo del cine se produce de la siguiente manera: En primer lugar se sufre el impacto de la imagen, la imagen provoca en seguida un sentimiento. Ese sentimiento tiende a provocar una idea y sabemos que toda idea tiende a provocar una acción.

¡Cuántas veces hemos visto que muchas conductas en el seno del hogar son modificadas por influencias que se han recibido en el cine o en la televisión, debido a ese influjo simpático que ejercen sobre nuestras vidas varios de sus personajes! Otra cosa que es muy curiosa cuando vamos a ver una película es que ésta no nos va a decir abiertamente que lo bueno es malo, no. Sino que con frecuencia nos dirá que a veces, no lo es tanto, sino hay que saber vivir. También por el contrario, nos dirá que lo malo no lo es tanto como lo parece, porque concu-

no simples traducciones. "Introibo ad altare Dei", para ciertas regiones, si ha convertido en "Me adelantaré para ofrecer el sacrificio"; "Ad-Deum qui laetificat iuventutem meam", en "El es quien da la alegría; en el Confiteor se hizo necesario añadir "y por omisión", ya que allí la mayoría de los pecados se hace precisamente por omisión. Y sólo citamos unos pocos ejemplos.

Viniendo a nuestras lenguas occidentales y más concretamente las de origen latino, la traducción tampoco resulta fácil si queremos atender tanto a la fidelidad como a la inteligibilidad pastoral. Al traducir los textos del misal romano, encontramos que su latinidad y mentalidad no son uniformes, sino que nacen en una extensión situada entre los siglos cuarto y vigésimo, con ambientes frecuentemente locales: pensemos en las palabras sacramentum, dona, munera, quaesumus, sacrificium, mysterium. En ocasiones, el sentido bíblico no es precisamente el litúrgico: "Tu cognovisti sessionem meam et resurrectionem meam" no puede buscar sólo lo que dice literalmente el salmo, sino la significación que recibe en la asamblea para el día de Pascua. La enumeración pudiera ser bastante larga.

Y no hablemos del problema suscitado por el canto.

Todo esto nos debe llevar no a la conclusión de que la tarea es imposible, sino a que es necesario un estudio cuidadoso, complejo y lento. Ha de surgir a la vida un nuevo mundo de expresión cultural. Y se va haciendo, aunque nuestras impaciencias pidan rapidez. Los traductores en los diversos países, bajo el control indispensable del Consejo para la aplicación de la reforma, están elaborando, y van entregando gradualmente, una obra de grandes méritos; aunque es bien posible que no siempre sea definitiva, porque está forzosamente sometida al crisol de la experiencia.

Más aún: parece permitido esperar que un Concilio Vaticano III haga emprender no ya la traducción de los textos latinos vigentes, sino la creación de un nuevo formulario, ajustado a la mentalidad moderna de cada uno de los pueblos; labor ciertamente audaz, pero que puede ir siendo preparada por estas traducciones difíciles que ahora se van realizando.

Gustavo Amigó Jansen, S. J.

* * *

EL CINE: UN MAESTRO PERSUASIVO.

Se ha dicho que el cine es un maestro. Quizás el maestro más persuasivo y atrayente de nuestros tiempos. En efecto, es maestro que atrae porque no afirma lo que enseña. Sólo

afirma que divierte. Se nos presenta como alguien cuya única pretensión es hacernos pasar un rato agradable. Todo el mundo quiere entregarse confiadamente en manos de alguien que solamente quiere divertirlo, pero que no tiene pretensiones de enseñar.

El espectador, sentado cómodamente en la butaca de cine sabe que ha comprado un boleto para distraerse. De antemano ha bajado todas sus defensas, y sabe que la diversión no le engañará. Las luces comienzan a apagarse, el salón queda a oscuras gradualmente. Todos los elementos distractivos que rodean al espectador han desaparecido y de pronto se enciende el cuadro central de la pantalla. El espectador experimenta que su atención es atraída suavemente por ese cuadro luminoso que le obliga a fijar su atención en él.

Al principio, el espectador se siente indiferente. Creo que en estos momentos es cuando realmente es espectador. Más tarde la trama se va complicando. El director de cine ha sabido crear simpatías o antipatías hacia los personajes. Llega el momento en que el espectador ya no lo es más. Se convierte en actor, pues está sintiendo intimamente todo el drama que se desarrolla en la pantalla. Viene entonces lo que llaman los sociólogos un "proceso de identificación" o "proyección" del espectador. Es decir, el espectador inconscientemente traslada sus pasiones, ambiciones, sentimientos, ideas, reacciones propias a los personajes que están en la pantalla y se identifica con ellos de diversas maneras.

Esta identificación que es una especie de simpatía provocada hábilmente lleva necesariamente a que el espectador apruebe o desapruebe lo que el personaje aprueba o desaprueba. Siente intensamente por lo que el personaje siente interés. Esto deja o tiende a dejar una huella profunda en la sicología del espectador aún después de que éste ha salido del cine.

El mecanismo del cine se produce de la siguiente manera: En primer lugar se sufre el impacto de la imagen, la imagen provoca en seguida un sentimiento. Ese sentimiento tiende a provocar una idea y sabemos que toda idea tiende a provocar una acción.

¡Cuántas veces hemos visto que muchas conductas en el seno del hogar son modificadas por influencias que se han recibido en el cine o en la televisión, debido a ese influjo simpático que ejercen sobre nuestras vidas varios de sus personajes! Otra cosa que es muy curiosa cuando vamos a ver una película es que ésta no nos va a decir abiertamente que lo bueno es malo, no. Sino que con frecuencia nos dirá que a veces, no lo es tanto, sino hay que saber vivir. También por el contrario, nos dirá que lo malo no lo es tanto como lo parece, porque concu-

rren muchas circunstancias que lo hacen parecer menos malo. También ese maestro que se mete en todo, en muchos jóvenes deja la impresión de que la apariencia es lo principal, que se puede descuidar el fondo para rendir culto a la forma, que lo más fácil es lo más común y agradable y que lo difícil es solamente aquello que se presta a lo agradable y espectacular, aunque en realidad, en el fondo, no sea heroico ni la dificultad deba abrazarse porque encierre la consecución de una meta a la que el hombre se sienta llamado. También puede enseñar que todo lo hermoso necesariamente debe ser "sexy" y hacer olvidar que el mundo está lleno de hermosura que no tiene nada de "sexy". Que lo soso está en lo religioso, en lo honesto, en lo moderado. Que lo interesante y como dicen ahora lo "movido" es lo que es morboso o "resbaloso" o atrevido. Por lo tanto, es un maestro que enseña que lo que nosotros antes llamábamos estúpido y sin sentido se llama de otra manera. En resumen, es un maestro que a la larga, y precisamente porque no tiene intenciones de enseñarnos sino solamente de divertirnos, nos ofrece una concepción totalmente diferente de la vida, de la que sabemos tener. Nos enseña una escala de valores completamente diversa. ¿Lo quieren ustedes en otras palabras? subversión nuestros valores. Ahora bien, el cine como dicen muchos sociólogos, refleja lo que encuentra en un mundo determinado. A su vez, los hombres que lo ven tratan de copiar lo que representa la pantalla, y así, si la pantalla nos refleja un mundo carente de Dios, de valores sobrenaturales, de valores humanos, si nos refleja un mundo degradado se convierte en un espejo que nos trae una imagen terrible que todo hombre que se respete quisiera rehuir. Sin embargo, se afirma que esta imagen "debe" verse porque es "cultural" "interesante"; son "trozos" de vida "humana" es "existencial" etc., y todas esas frases que hacen un espléndido juego a los comerciantes, porque contribuyen también a que el hombre moderno subvienta sus valores y tenga menos estima de sí mismo y de la persona humana.

Lic. Jesús Romero Pérez.

* * *

**MENSAJE DE SU SANTIDAD PAUL VI A
LA DECIMA ASAMBLEA EXTRAORDINARIA
DEL CONSEJO EPISCOPAL
LATINOAMERICANO**

(Mar del Plata, 11 octubre 1966).

La Décima Reunión del Consejo Episcopal Latinoamericano, que os aprestáis a celebrar durante estos días en Mar del Plata, nos ofrece la agradable oportunidad de entretenernos una vez más amablemente con vosotros, venerables

hermanos, como para continuar la conversación que iniciamos el 23 de noviembre del pasado año, cuando celebrando el decenio de la fundación de este mismo Consejo, nos procurasteis la alegría grande de vuestra visita.

En aquella ocasión os abrimos nuestro ánimo sobre algunos problemas pastorales más urgentes, señalando como un camino a seguir a fin de que la acción de la Iglesia se hiciese siempre más presente en medio de vuestros pueblos.

Vosotros volvéis a considerar hoy el mismo tema, encuadrándolo en la perspectiva de las enseñanzas del Concilio Vaticano II y aplicado a un sector particular, el del desarrollo y la integración en la América Latina. Movidos de nuevo por el profundo amor que nos liga íntimamente a vuestro continente, deseamos dictaros algunos pensamientos que sean como un hilo conductor inserto en el tejido de ideas e iniciativas que se manifestarán en estos días de estudio, para los cuales auspiciamos ya desde ahora frutos copiosos.

La Iglesia, a la vez sociedad visible y comunidad espiritual, está presente sobre la tierra, compuesta de hombres, los cuales "son miembros de la ciudad terrena, llamados a formar en la propia historia del género humano la familia de los hijos de Dios, avanza juntamente con toda la humanidad, experimenta la suerte terrena del mundo y es fermento y como el alma de la sociedad humana; persiguiendo su propio fin de salvación, mientras comunica al hombre la vida divina, ejerce con su luz un influjo sobre todo el mundo, especialmente curando y elevando la dignidad de la persona humana, consolidando la contextura de la humana sociedad" (IM).

Sabedora de los inagotables tesoros de los cuales es depositaria, consciente de las responsabilidades históricas que le vienen como herencia del pasado y la proyectan con pleno derecho hacia el porvenir, la Iglesia pretende ofrecer su ayuda a los individuos y a la sociedad humana de hoy, sin ignorar lo que también ella recibe del mundo contemporáneo. En los textos de la constitución pastoral "Gaudium et spes", a los cuales nos referimos, encontraréis materia abundante de reflexión para comprender y delinear la preciosa misión que realiza la Iglesia.

—Luz que la Iglesia difunde con el conjunto de las iniciativas destinadas a proponer el mensaje evangélico de manera que, tendiendo siempre a la salvación del hombre, le ilumine también en sus deberes de orden temporal, es el magisterio social de la Iglesia.

—Fuerza, que la Iglesia ejerce, es la fuerza moral de la verdad, la fuerza sobrenatural que

rren muchas circunstancias que lo hacen parecer menos malo. También ese maestro que se mete en todo, en muchos jóvenes deja la impresión de que la apariencia es lo principal, que se puede descuidar el fondo para rendir culto a la forma, que lo más fácil es lo más común y agradable y que lo difícil es solamente aquello que se presta a lo agradable y espectacular, aunque en realidad, en el fondo, no sea heroico ni la dificultad deba abrazarse porque encierre la consecución de una meta a la que el hombre se sienta llamado. También puede enseñar que todo lo hermoso necesariamente debe ser "sexy" y hacer olvidar que el mundo está lleno de hermosura que no tiene nada de "sexy". Que lo soso está en lo religioso, en lo honesto, en lo moderado. Que lo interesante y como dicen ahora lo "movido" es lo que es morboso o "resbaloso" o atrevido. Por lo tanto, es un maestro que enseña que lo que nosotros antes llamábamos estúpido y sin sentido se llama de otra manera. En resumen, es un maestro que a la larga, y precisamente porque no tiene intenciones de enseñarnos sino solamente de divertirnos, nos ofrece una concepción totalmente diferente de la vida, de la que sabemos tener. Nos enseña una escala de valores completamente diversa. ¿Lo quieren ustedes en otras palabras? subversión nuestros valores. Ahora bien, el cine como dicen muchos sociólogos, refleja lo que encuentra en un mundo determinado. A su vez, los hombres que lo ven tratan de copiar lo que representa la pantalla, y así, si la pantalla nos refleja un mundo carente de Dios, de valores sobrenaturales, de valores humanos, si nos refleja un mundo degradado se convierte en un espejo que nos trae una imagen terrible que todo hombre que se respete quisiera rehuir. Sin embargo, se afirma que esta imagen "debe" verse porque es "cultural" "interesante"; son "trozos" de vida "humana" es "existencial" etc., y todas esas frases que hacen un espléndido juego a los comerciantes, porque contribuyen también a que el hombre moderno subvienta sus valores y tenga menos estima de sí mismo y de la persona humana.

Lic. Jesús Romero Pérez.

* * *

**MENSAJE DE SU SANTIDAD PAUL VI A
LA DECIMA ASAMBLEA EXTRAORDINARIA
DEL CONSEJO EPISCOPAL
LATINOAMERICANO**

(Mar del Plata, 11 octubre 1966).

La Décima Reunión del Consejo Episcopal Latinoamericano, que os aprestáis a celebrar durante estos días en Mar del Plata, nos ofrece la agradable oportunidad de entretenernos una vez más amablemente con vosotros, venerables

hermanos, como para continuar la conversación que iniciamos el 23 de noviembre del pasado año, cuando celebrando el decenio de la fundación de este mismo Consejo, nos procurasteis la alegría grande de vuestra visita.

En aquella ocasión os abrimos nuestro ánimo sobre algunos problemas pastorales más urgentes, señalando como un camino a seguir a fin de que la acción de la Iglesia se hiciese siempre más presente en medio de vuestros pueblos.

Vosotros volvéis a considerar hoy el mismo tema, encuadrándolo en la perspectiva de las enseñanzas del Concilio Vaticano II y aplicado a un sector particular, el del desarrollo y la integración en la América Latina. Movidos de nuevo por el profundo amor que nos liga íntimamente a vuestro continente, deseamos dictaros algunos pensamientos que sean como un hilo conductor inserto en el tejido de ideas e iniciativas que se manifestarán en estos días de estudio, para los cuales auspiciamos ya desde ahora frutos copiosos.

La Iglesia, a la vez sociedad visible y comunidad espiritual, está presente sobre la tierra, compuesta de hombres, los cuales "son miembros de la ciudad terrena, llamados a formar en la propia historia del género humano la familia de los hijos de Dios, avanza juntamente con toda la humanidad, experimenta la suerte terrena del mundo y es fermento y como el alma de la sociedad humana; persiguiendo su propio fin de salvación, mientras comunica al hombre la vida divina, ejerce con su luz un influjo sobre todo el mundo, especialmente curando y elevando la dignidad de la persona humana, consolidando la contextura de la humana sociedad" (IM).

Sabedora de los inagotables tesoros de los cuales es depositaria, consciente de las responsabilidades históricas que le vienen como herencia del pasado y la proyectan con pleno derecho hacia el porvenir, la Iglesia pretende ofrecer su ayuda a los individuos y a la sociedad humana de hoy, sin ignorar lo que también ella recibe del mundo contemporáneo. En los textos de la constitución pastoral "Gaudium et spes", a los cuales nos referimos, encontraréis materia abundante de reflexión para comprender y delinear la preciosa misión que realiza la Iglesia.

—Luz que la Iglesia difunde con el conjunto de las iniciativas destinadas a proponer el mensaje evangélico de manera que, tendiendo siempre a la salvación del hombre, le ilumine también en sus deberes de orden temporal, es el magisterio social de la Iglesia.

—Fuerza, que la Iglesia ejerce, es la fuerza moral de la verdad, la fuerza sobrenatural que

viene de la gracia e incluso la fuerza que el mundo recibe de los movimientos de educación y promoción social.

—Tareas, que la Iglesia desarrolla, por ejemplo en promover la justicia y la paz de aquella manera y con aquellos medios que son coherentes con su misión.

—Obras, el conjunto de las instituciones y actividades concretas, que la Iglesia considera como deber suyo realizar en determinadas situaciones y en ambientes particulares para ayudar a la sociedad, como son, por ejemplo, las obras caritativas y asistenciales.

Frente a este campo vastísimo de acción específica, vosotros, pastores de almas, concluiréis fácilmente que no se le pide a la Iglesia el hacerse especialista en una u otra disciplina, de sociología o de economía, sino más bien que coopere a la solución de los graves problemas contemporáneos con lo que le es propio, es decir con los recursos de orden religioso y sobrenatural que ha recibido de su Divino Fundador, Cristo Señor.

La Iglesia, adornada con esta vestidura, no tiene necesidad de pedir una tímida autorización para colocar su piedra en la construcción de la sociedad terrena, puede hacerlo con credenciales validísimas e indiscutibles, porque tiene un mandato divino y el mundo de hoy nos estará agradecido si le mostramos nuestro ideal con toda su plenitud y con todas sus exigencias y si le decimos con claridad desde el principio lo que sólo nosotros, Iglesia de Dios, podemos ofrecerle con verdadero espíritu de amor y de servicio.

Qué entendemos y qué queremos al hablar de desarrollo.

Vosotros, pues, examinaréis en la reunión la presencia de la Iglesia en el desarrollo y la integración de América Latina; tema que tanto interesa a vuestras naciones, deseosas, justamente, de participar en la comunidad de los pueblos con toda su vitalidad y el peso de su fuerza. Vuestro deber de pastores será en consecuencia llevar la luz religiosa y sobrenatural al estudio de una cuestión tan comprometedora. Frente a un materialismo práctico y teórico, que encierra al hombre en su prisión terrestre, vosotros presentaréis un humanismo cristiano, es decir, la visión del hombre y del universo que proviene de la fe y de la doctrina cristiana.

En el constante y responsable magisterio solicitado de nuestro humilde servicio pastoral, muchas veces nos hemos sentido con el deber de referirnos a los problemas del desarrollo, apoyando abierta y valientemente toda iniciativa que han promovido los organismos internacionales y las entidades regionales. Resulta por lo tanto natural preguntarnos qué entendemos y

qué queremos nosotros como cristianos y sobre todo como hombres de Iglesia al hablar del desarrollo.

En la visión cristiana el desarrollo, no se identifica con el crecimiento puramente económico de los bienes; para ser auténtico debe ser también integral, elevación de las personas bajo todos los aspectos y elevación universal de toda humanidad, invisible y armónico, ordenado en todos sus componentes, regido por un principio unificador y guiado por una intervención racional y continua de la inteligencia y de la voluntad del hombre.

Un instrumento al servicio de los verdaderos valores humanos.

Por tanto, la obra iluminadora, insustituible por lo demás, de la Iglesia debe comprometerse en la base misma del concepto de desarrollo: debe infundirle un alma para que no sea fin en sí mismo, sino medio para facilitar la formación completa de las facultades del hombre en la plena expansión de una ordenada vida individual y social; no será, pues, el desarrollo considerado como un valor supremo, sino como instrumento al servicio de los verdaderos valores humanos, los valores del espíritu (cf. IM, 64). Dentro de esta perspectiva, el progreso y el bienestar consiguiente no acabarán por materializar al hombre; le darán, al contrario, la posibilidad de perfeccionarse, de elevarse y, por lo mismo, de espiritualizarse. Estos son los criterios imprescindibles que deben guiar toda la dinámica del desarrollo.

La Iglesia en América Latina, al apoyar y promover el desarrollo, tiene, por tanto, el deber de evitar que se repitan los graves errores ocurridos en otras regiones, en las cuales paralelamente al progreso material no se ha promovido un igual progreso moral y espiritual, el único que hubiera podido equilibrar y vivificar el primero.

Evitar un progreso efímero que mate la fe.

Otro punto que queremos someter a vuestra consideración se refiere al proceso gradual con el que se debe actuar en la promoción del desarrollo sin recurrir a métodos violentos y a cambios inconsiderados. En muchas ocasiones urge la necesidad de revisar las estructuras económicas y sociales; pero hay que prevenirse frente a soluciones técnicas poco ponderadas y sobre todo aquellas que ofrecen al individuo ventajas materiales, pero se oponen a la naturaleza y al perfeccionamiento espiritual del hombre.

Para custodiar y conservar celosamente el carácter cristiano de vuestros pueblos, no permitáis, venerables hermanos, que su fecundo patrimonio de tradiciones cristianas sea sustituido por un programa efímero que mate la fe.

R 6093

Una obra adecuada a la cambiante situación histórica.

Sin embargo, junto con el proceso gradual, al que acabamos de referirnos, la Constitución pastoral *Gaudium et spes*, dentro de la visión compleja del desarrollo, afirma decididamente la exigencia de profundas reformas de estructuras y profundos cambios de la sociedad, "son necesarias muchas reformas en la vida económico-social y un cambio de mentalidad y de costumbres en todos". En este sector, los pastores de almas pueden y deben desarrollar una misión importante, que si bien es delicada, puede llegar a ser decisiva. La desarrollarán exponiendo la sustancia de la doctrina cristiana que lleva a no conformarse con una "ética individualista", sino más bien a cultivar especialmente las virtudes morales y sociales así como a difundirlas en la sociedad, "de tal forma que surjan hombres nuevos, artífices de una nueva humanidad". Es además indispensable crear en la conciencia cristiana una actitud dinámica de responsabilidad y de participación (IM, 31). Como veis, venerados hermanos, se trata de toda una obra de formación cultural, espiritual y moral, adecuada a la nueva y cambiante situación histórica en que la Iglesia está llamada directamente a colaborar.

Queremos deciros todavía una palabra sobre la integración: ésta debe romper el círculo cerrado de las divisiones que alejan, empequeñeciendo a unos y a otros. Desarrollo e integración son conceptos y factores complementarios e inseparables.

Contribución de la Iglesia.

La Iglesia, actuando siempre en el campo de su competencia, puede contribuir a la noble empresa de la integración del continente latinoamericano.

Recordando su historia, la Iglesia, de hecho, ha sido el factor más fuerte de unidad entre los pueblos de América Latina.

Enseñando su doctrina, fundada sobre la fraternidad humana, que encuentra su expresión más sublime en su origen único de Dios, Creador y Padre, y en la Redención universal de Cristo.

Actuando su espíritu unificador, que lleva a reunir a todos los hombres de cualquier nación, raza y civilización, para que sean en Cristo "un solo cuerpo y un solo espíritu".

La unidad y la fraternidad humana no deben limitarse al plano espiritual e individual, sino que deben expresarse concretamente en la sociedad en todas sus dimensiones y por tanto también a nivel continental y mundial. Tampoco se pedirá en esto a la Iglesia una doctrina

particularizada sobre la integración, pero si bien el problema considerado en sí mismo es de orden técnico, sin embargo presenta múltiples aspectos morales, los cuales, en cuanto interesan a la vida del hombre, a la promoción humana y al advenimiento de la paz, hacen legítima y esperada la intervención de los pastores de almas. En nombre del Evangelio pueden contribuir valiosamente a difundir el ideal de la integración, despertando en los cristianos la convicción de que los propios destinos nacionales sólo serán alcanzados dentro de la solidaridad internacional, formando una conciencia supranacional e insistiendo, como lo ha hecho recientemente el magisterio pontificio y el conciliar, sobre la imprescindible exigencia de una cooperación mundial, por la cual "la Iglesia debe estar absolutamente presente en la misma comunidad de los pueblos".

La Iglesia, además, al solicitar y estimular la cooperación internacional en favor del desarrollo, saber decir también de qué manera la misma cooperación debe ser presentada y recibida. Son muy significativas al respecto las indicaciones que nos vienen de la Constitución Pastoral *Gaudium et spes* (cf. n. 85). Nos mismo, por lo demás, hemos afirmado recientemente que es indispensable movilizar todos los recursos humanos para el desarrollo y que "no basta dar de su haber, es preciso aportar lo mejor de sí mismo" (Carta del 26 de mayo 1966 al secretario general de la ONU). El cristiano debe amar tanto a sus hermanos que llegue a darse por entero a ellos y encontrará un modo eficaz de comprometerse por ellos haciéndose presente en el proceso del mundo en trance de crecimiento y desarrollo. La participación cristiana en el desarrollo viene por tanto a colocarse sobre un nivel mucho más elevado: anclada no sólo en razones de pura justicia, de equidad o de conveniencia, esta cooperación se proyecta en el plano del verdadero amor y se convierte en una auténtica imitación de la caridad de Cristo, quien dictará su sentencia de juez sobre la relación de amor que nos habrá mantenido vinculados a nuestros hermanos.

Hay que recordar, en fin, que este vasto y complejo orden de ideas no contradice ni diluye la visión pastoral de la Iglesia, a la cual debe permanecer fidelísima y en la que debe empeñarse la solicitud y la generosidad tanto del clero como de toda la comunidad católica. Nada, de hecho, es más importante que la búsqueda del reino de Dios y nada ayuda tanto al crecimiento del hombre, bajo cualquier aspecto, como la luz de la fe y la ayuda de la gracia.

Desarrollo y paz.

Nos parece, venerables hermanos, que aquella presencia que hemos delineado desde varios puntos de vista, es en verdad una presencia au-

tónica, característica y eficaz de la Iglesia en el mundo para realizar su misión de salvación en toda su amplitud y consecuentemente también en los deberes de animar cristianamente la sociedad y la historia.

Nos, en fin, estamos firmemente convencidos que si vosotros desplegáis estas actividades en favor del desarrollo y la integración, en el sentido hasta aquí indicado, también trabajareís concretamente por la causa de la paz, no sólo del continente latinoamericano, sino del mundo entero. La relación tan estrecha y vital que hemos encontrado entre el desarrollo y la paz, nos ha inducido a hacer nuestra la expresión: el desarrollo es el nuevo nombre de la paz, y a decir a los delegados de la ONU para la actuación del programa de desarrollo: En definitiva, vuestras actividades rinden testimonio a la paz. También rendimos un reconocimiento solemne a vosotros, pastores de almas, tan celosos y solícitos por el bien integral de vuestras naciones.

Os agradecemos profundamente las especiales plegarias por la paz, que vuestros fieles, tan devotos de la Virgen Patrona de las Américas, elevarán durante el mes de octubre como respuesta filial al llamamiento cordial dirigido por Nos a la humanidad en la encíclica "Christi Mater Rosarii".

Y con particular efusión del corazón impartimos la bendición apostólica, afectuosa y paterna, a vosotros, venerables hermanos presentes en la reunión, a todos los excelentísimos arzobispos y obispos del continente, a quienes, junto a esta palabra Nuestra, va también nuestro pensamiento cálido, a los sacerdotes, a los religiosos, a las religiosas y a los laicos, empeñados todos juntos en trabajar por la construcción del mundo en la verdadera paz.

* * *

MENSAJE DE LA X ASAMBLEA EXTRAORDINARIA DEL CELAM

(Mar del Plata, 11 octubre 1966).

La Décima Asamblea Extraordinaria del Consejo Episcopal Latinoamericano, al finalizar sus sesiones de estudio sobre el proceso de desarrollo e integración en América Latina, quiere siempre hacerse más presente (mensaje de Pablo VI a la X Asamblea del CELAM) a todos los pueblos, enviándoles el siguiente mensaje:

Ante la realidad, hecha clamor, de tantos hermanos nuestros que padecen hambre, que viven en la indigencia, faltos de techo, al margen de la cultura común y ante una población creciente y una juventud, a la vez problema y

esperanza, nadie puede eludir su responsabilidad. En esta coyuntura, el anhelo contemporáneo responde con esta palabra: desarrollo.

A este desarrollo, que no es fin en sí mismo y está encaminado a la perfección de los hombres y de los pueblos, la Iglesia, consciente de su misión quiere coadyuvar dándole alma y espíritu. Repetimos, reafirmando, las palabras del Papa, en su reciente mensaje: "En la visión cristiana, el desarrollo no se identifica con el crecimiento puramente económico de los bienes; para ser auténtico, debe ser también integral elevación de las personas bajo todos los aspectos y elevación universal de toda la humanidad, indivisible y armónico, ordenado en todos sus componentes, regido por un principio unificador y guiado por una intervención racional y continua de la inteligencia y de la voluntad del hombre.

Este desarrollo exige ordenados, pero urgentes y eficaces cambios de estructura. La Iglesia, llamada a actuar directamente dentro del campo de su competencia, considera indispensable formar la conciencia cristiana para que tome "una actitud dinámica de responsabilidad y participación".

Pero hoy en América Latina, el desarrollo será imposible sin la integración.

La integración es indispensable para el desarrollo armónico de todo nuestro continente, es fundamental en la unificación de la familia humana y como contribución esencial para la paz mundial.

El movimiento de integración, que deseamos y apoyamos, ha de ser fruto de un esfuerzo real y constante de superación para que lleguen a integrarse todos los sectores de la vida social, especialmente los que viven más al margen de ella.

Por ello la Iglesia, y en concreto esta X Asamblea Extraordinaria del Consejo Episcopal Latinoamericano, desea alentar la obra de integración y desarrollo y ofrece su cooperación en esta empresa tan decisiva para el porvenir de nuestro continente.

La Iglesia sabe bien que es parte de la historia de los hombres, que avanza con ellos experimentando su misma suerte hasta la vuelta de Cristo, consciente de que en esta fe y en esta esperanza de Cristo, su caridad se vuelve fermento y como alma de la sociedad.

Ante estas necesidades y tales perspectivas, invitamos a una acción coordinada para la superación de aquellos sentimientos que debilitan o ignoran el bien común y tratan las proyecciones universales de comunidad unida; el em-

tónica, característica y eficaz de la Iglesia en el mundo para realizar su misión de salvación en toda su amplitud y consecuentemente también en los deberes de animar cristianamente la sociedad y la historia.

Nos, en fin, estamos firmemente convencidos que si vosotros desplegáis estas actividades en favor del desarrollo y la integración, en el sentido hasta aquí indicado, también trabajareís concretamente por la causa de la paz, no sólo del continente latinoamericano, sino del mundo entero. La relación tan estrecha y vital que hemos encontrado entre el desarrollo y la paz, nos ha inducido a hacer nuestra la expresión: el desarrollo es el nuevo nombre de la paz, y a decir a los delegados de la ONU para la actuación del programa de desarrollo: En definitiva, vuestras actividades rinden testimonio a la paz. También rendimos un reconocimiento solemne a vosotros, pastores de almas, tan celosos y solícitos por el bien integral de vuestras naciones.

Os agradecemos profundamente las especiales plegarias por la paz, que vuestros fieles, tan devotos de la Virgen Patrona de las Américas, elevarán durante el mes de octubre como respuesta filial al llamamiento cordial dirigido por Nos a la humanidad en la encíclica "Christi Mater Rosarii".

Y con particular efusión del corazón impartimos la bendición apostólica, afectuosa y paterna, a vosotros, venerables hermanos presentes en la reunión, a todos los excelentísimos arzobispos y obispos del continente, a quienes, junto a esta palabra Nuestra, va también nuestro pensamiento cálido, a los sacerdotes, a los religiosos, a las religiosas y a los laicos, empeñados todos juntos en trabajar por la construcción del mundo en la verdadera paz.

* * *

MENSAJE DE LA X ASAMBLEA EXTRAORDINARIA DEL CELAM

(Mar del Plata, 11 octubre 1966).

La Décima Asamblea Extraordinaria del Consejo Episcopal Latinoamericano, al finalizar sus sesiones de estudio sobre el proceso de desarrollo e integración en América Latina, quiere siempre hacerse más presente (mensaje de Pablo VI a la X Asamblea del CELAM) a todos los pueblos, enviándoles el siguiente mensaje:

Ante la realidad, hecha clamor, de tantos hermanos nuestros que padecen hambre, que viven en la indigencia, faltos de techo, al margen de la cultura común y ante una población creciente y una juventud, a la vez problema y

esperanza, nadie puede eludir su responsabilidad. En esta coyuntura, el anhelo contemporáneo responde con esta palabra: desarrollo.

A este desarrollo, que no es fin en sí mismo y está encaminado a la perfección de los hombres y de los pueblos, la Iglesia, consciente de su misión quiere coadyuvar dándole alma y espíritu. Repetimos, reafirmando, las palabras del Papa, en su reciente mensaje: "En la visión cristiana, el desarrollo no se identifica con el crecimiento puramente económico de los bienes; para ser auténtico, debe ser también integral elevación de las personas bajo todos los aspectos y elevación universal de toda la humanidad, indivisible y armónico, ordenado en todos sus componentes, regido por un principio unificador y guiado por una intervención racional y continua de la inteligencia y de la voluntad del hombre.

Este desarrollo exige ordenados, pero urgentes y eficaces cambios de estructura. La Iglesia, llamada a actuar directamente dentro del campo de su competencia, considera indispensable formar la conciencia cristiana para que tome "una actitud dinámica de responsabilidad y participación".

Pero hoy en América Latina, el desarrollo será imposible sin la integración.

La integración es indispensable para el desarrollo armónico de todo nuestro continente, es fundamental en la unificación de la familia humana y como contribución esencial para la paz mundial.

El movimiento de integración, que deseamos y apoyamos, ha de ser fruto de un esfuerzo real y constante de superación para que lleguen a integrarse todos los sectores de la vida social, especialmente los que viven más al margen de ella.

Por ello la Iglesia, y en concreto esta X Asamblea Extraordinaria del Consejo Episcopal Latinoamericano, desea alentar la obra de integración y desarrollo y ofrece su cooperación en esta empresa tan decisiva para el porvenir de nuestro continente.

La Iglesia sabe bien que es parte de la historia de los hombres, que avanza con ellos experimentando su misma suerte hasta la vuelta de Cristo, consciente de que en esta fe y en esta esperanza de Cristo, su caridad se vuelve fermento y como alma de la sociedad.

Ante estas necesidades y tales perspectivas, invitamos a una acción coordinada para la superación de aquellos sentimientos que debilitan o ignoran el bien común y tratan las proyecciones universales de comunidad unida; el em-

pleo de los fondos nacionales, preferentemente en orden al bienestar de nuestras naciones, y el incremento de la cultura adecuando el sistema educativo a las exigencias del desarrollo desde la misma educación fundamental hasta la universitaria.

Nosotros, por nuestra parte, ofrecemos una seria reflexión doctrinal sobre el desarrollo y la integración, con vistas a la elaboración de una pastoral social, adaptadas a las exigencias de la Iglesia en el mundo actual.

Al mismo tiempo, promoveremos la renovación de la mentalidad según las orientaciones generales del Concilio Vaticano II y las indicaciones del papa Paulo VI a los obispos y fieles del continente.

Nos comprometemos finalmente a difundir, a través de nuestras propias instituciones y movimientos, este ideal de desarrollo e integración en toda su amplitud.

Durante estos días hemos meditado a la luz de la fe y de la doctrina conciliar y hemos buscado la cooperación de expertos de alta

competencia. Nuestros trabajos, en una elaboración concreta, será ofrecido a todas las conferencia episcopales latinoamericanas.

Somos intérpretes del común anhelo; somos intérpretes de la común experiencia; y sabemos que no sólo los cristianos, sino también todos los hombres de buena voluntad se unen a esta gran empresa.

Exhortamos a todos los responsables del bien común y a las diversas categorías sociales, para que en su propio medio no escatimen esfuerzos a fin de contribuir al urgente proceso de desarrollo e integración, necesario para el bienestar y la paz de nuestra América.

Nosotros, pastores de América Latina, tenemos conciencia de nuestra inmensa responsabilidad y sentimos, al mismo tiempo, el peso de nuestra debilidad. Nos da ánimos el tener ante los ojos el Concilio Ecuménico y sentir con nosotros la fuerza infinita de Dios.

Unidos entre nosotros y con el Santo Padre, ayudados por la providencia divina y la intercesión de María, patrona de las Américas, confiamos en poder ser fieles a nuestra misión".



**Para Colegios, casas comunales, restaurantes, comedores,
donde se requiere equipo de cocina pesado, eficiente,
sencillas de operar, durables.**

Venga a



Convéñzase pidiendo una demostración al

Teléfono 21-40-04, 21-40-06.

Tropical Gas Company, Inc.